

## CARTA XXXII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

En mi última te dije, Teodoro querido, que deseaba ir á ver cierta especie de anacoretas ó solitarios que vivian con edificacion cerca de este lugar; y en efecto al día siguiente, despues de haber comido, salí con mis hijos al paseo, los dejé al cargo de un criado, y me encamine solo al sitio de su habitacion. Iba meditando las lecciones de mi santo director, que son las delicias de mi alma, y las medito cada día con una impresion mas viva; porque cada día descubro en ellas nuevas luces que ennoblecen mas á mis ojos las ideas de la religion.

En fin cuando estuve cerca del lugar indicado ví una mediana aldea. Pregunté á un hombre donde vivian los santos solitarios, y me mostró una habitacion que me pareció muy humilde. Me dirigí á ella, y sin encontrar nadie que me estorbase el paso me hallé en una especie de huerta con alguna espesura de árboles. Di algunos pasos, esperando que pareciese alguno para hablarle, y vagando por un lado y otro divisé una capilla.

Me llego mas cerca, y veo arrodillado en ella un hombre vestido con un saco; tenia en las manos un crucifijo cuyos pies acercaba con frecuencia á sus labios, y parecia tener en él fijos los ojos con  
la

la espresion del afecto mas compungido. No dudé que fuese alguno de los anacoretas. El respeto y la curiosidad me excitaron el deseo de verle mas de cerca, y observando que un poco mas arriba habia un entretegido de árboles, en cuya espesura me podia esconder, me dirigí á ella con mucha precaucion para no ser sentido. Mi deseo era observarle sin distraerlo.

Me pareció pálido, macilento, y que estaba cubierto de lágrimas; pero, ¡cuál fué mi asombro, cuando, mirándole con mayor atencion, me pareció ver el semblante de Manuel, de aquel infeliz Manuel cuya muerte lloraba yo tanto, y cuyo incierto y peligroso destino en la eternidad me tenia en la afliccion mas amarga! ¡Cómo te pintaré, Teodoro, la conmocion que me causó una aparicion tan impensada! Yo me estremecí, el corazon no me cabia en el pecho, y una semejanza tan entera me turbó de tal modo, que no sabia lo que me pasaba.

Quería persuadirme que aquello no era realidad, y que era un sueño, un delirio de la fantasía, una fantasma de la imaginacion; pero cuando, para desengañarme, volvía á mirarle con mas cuidado, me hacia temblar de nuevo la identidad de su figura. Algunos momentos duró esta perplejidad, y viendo que cuanto mas lo examinaba, mas me parecia él mismo, no fui ya dueño de mí. Con un impulso superior á mi prudencia exclamé gritando: ¡Santo Dios! ¿no es Manuel? ¿Cómo el que yace en la

tumba puede adorarte entre los vivos? Y diciendo esto, con un movimiento indeliberado, sali de la espesura para acercarme y reconocerle mejor.

El ruido que hice, y el grito de una exclamacion pronunciada con tanta fuerza, sacaron al anacoreta de su profunda meditacion. Alzó la cabeza, fijó los ojos en mí, me consideró algun tiempo con atencion y sorpresa; y levantándose vino hácia mí, diciéndome: No te engañas, amigo; yo soy el infeliz Manuel: ¿porque vienes á turbar mi amada soledad? Yo esperaba sepultar aquí, ignorado de todos, los restos de una vida cargada de delitos. ¿Qué funesta fatalidad te ha conducido á descubrir un secreto que debia morir conmigo en este retiro solitario?...

Pero, ¿qué es esto? ¿tú lloras? ¿yo te veo con un traje tan simple, con un semblante modesto, con toda la apariencia de un hombre desengañado y convertido? ¡Gran Dios! ¿tus misericordias se han derramado al mismo tiempo sobre dos corazones que las mismas pasiones habian pervertido? Amigo, espícame presto este misterio; tú me asombras tanto como yo te asombro. La divina bondad me reservaba este consuelo; era el único que faltaba á los muchos que derrama sin cesar sobre los dias de mi penitencia.

Cuando al fin pude sosegar un poco el tumulto de mis sentidos, y me ví en estado de articular palabras, le pedí que nos sentásemos, porque no me podia sostener, y despues le conté con brevedad

todo lo que me habia sucedido desde el momento de nuestra separacion y la falsa noticia de su muerte. Él me escuchaba con una admiracion y alegría que no te la puedo ponderar. No hay colores ni pinceles para dibujar esta escena; era menester verla en su original, y tener un corazon para sentirla. Despues que se informó de todos mis sucesos, despues que derramó muchas lágrimas de consuelo, y que dió á Dios las mas rendidas gracias, empezó á informarme de las causas que habian contribuido á la mudanza de su corazon y á la determinacion de abandonar el mundo.

Tú has creido, amigo, y todos nuestros compañeros han debido creerlo que yo era un disoluto, impávido y temerario; que mi corazon estaba empedernido, que era insensible á todo remordimiento y superior á toda inquietud; que yo vivia dando entero contento á mis pasiones, y gozando en nuestra comun depravacion de la calma de una conciencia imperturbable. Así debia persuadirlo á todos la temeridad de mi desenfrenada conducta, y así yo mismo procuraba afectarlo; pero ya comprendes que, pues yo procuraba afectar esta insensata tranquilidad, no la tenia.

En efecto, amigo, á pesar de todos mis esfuerzos jamas pude adquirirla; jamas pude vencer un importuno y secreto terror que me amargaba todos mis placeres; jamas pude acallar una voz interior que me amenazaba con una eternidad de tormentos; y ahora conozco que muchos ostentan,

por afectacion, vivir tranquilos en el desorden á pesar del gusano roedor que los devora.

Parece incomprendible esta monstruosa conducta ; pero tal es la ferocidad de las pasiones : su violencia y la corrupcion de los ejemplos producen y sostienen esta loca é incompatible mezcla de contradicciones.

Yo me mostraba siempre el mas intrépido en todos los delitos, el mas fogoso, el mas resuelto á desafiar la cólera del cielo, y, á pesar de mi afectada seguridad, era una continua víctima interior de todos los terrores. Un trueno, un incidente repentino, la menor apariencia de la muerte me hacian temblar ; y destrozado siempre por estas inquietudes no podía gozar en paz de mis perversidades. No obstante las multiplicaba, como si el medio de sosegar mis turbaciones fuera hacer mas execrables excesos, ó como si la reputacion de inicuo, que tanto me costaba, pudiera recompensarme de lo que sufría. En fin como otros son hipocritas de la virtud, yo lo era de la depravacion y de la incredulidad.

Tal era mi situacion, querido amigo, cuando me aparté de vosotros aquella noche para preparar la infame diversion proyectada para el siguiente dia ; mi historia no será larga. Habiendo ya hecho una gran parte del camino, sin saber como ni porqué, perdí el conocimiento ; sin la menor preparacion, sin el menor accidente precursor que me advirtiese mi peligro, perdí el uso de los sentidos ; así no puedo dar razon

de lo que me sucedió. La única idea de que conservo la memoria, es que al despertar de este fatal letargo me hallé en medio de una sala ; mis primeras percepciones fueron débiles y confusas : todo me inspiraba terror, y no podia distinguir nada ; poco á poco se fueron disipando las nieblas que me ofuscaban, y al fin llegué á discernir los objetos.

Pero, ¿ como me ví ? ¡ gran Dios ! en un lecho fúnebre, amortajado, con las manos y pies atados, con cuatro luces que rodeaban mi féretro, y una cruz sobre el pecho. Este espectáculo me horrorizó ; volví los ojos á todas partes para examinar si habia alguno, y ví que estaba solo. Quise gritar, y no pude, no tanto por falta de fuerzas, como por estar sobrecogido de terror. Entró poco despues una muger, yo la dije algunas palabras mal articuladas ; ella se espantó de verme vivo, dió pavorosos gritos, y salió huyendo.

A poco rato vino un hombre vestido con el mismo traje en que me ves ; se llegó á mí con paso lento, como si fuera á mirar si era cierto lo que le refirió la muger, ó como si temiera incomodarme. Viéndome con los ojos abiertos, y oyéndome que le preguntaba qué era aquello, me respondió con mucha dulzura : No os inquieteis, señor, sosegaos ; Dios os vuelve á la vida, y espero que vais á recobraros. Al instante empieza á quitarme las ligaduras, me despoja de todos los arreos de la muerte, llama á dos paisanos para que le ayuden ; entre los tres me trasportan á otra pieza, y me ponen en una cama.

Yo les dejaba hacer, sin comprender nada ; pero,

cuando al fin ví que todo estaba hecho, le pregunté porque me hallaba en aquel estado; él me dijo: De todo os daré razon cuando os vea restablecido y en disposicion de oirme. Ahora estais delicado, y cualquiera impresion fuerte os pudiera hacer mal; conviene pues que reposeis primero, que tomeis algun alimento para reparar vuestras fuerzas, y sobre todo que no habéis ni os agiteis. Solo os diré, con el fin de tranquilizaros, que en vuestro coche os ha sorprendido un letargo tan profundo, que os hemos creído muerto, y esta es la causa porque os habeis visto en aquel estado; pero Dios os ha conservado la vida; espero que no será nada, y que en poco tiempo, con algunos remedios y mucho sosiego, os veréis recobrado; así, señor, os pido por ahora tranquilidad y silencio.

En este tiempo se iban desenvolviendo mis ideas; la primera fue estrañar el no ver conmigo los dos criados que me acompañaban, y, á pesar de sus recomendaciones de silencio, no pude dejar de preguntarle por ellos. Él me respondió: El uno, señor, persuadido de que ya habíais muerto, partió del mismo camino para avisar á vuestros amigos; el otro yace en el lecho gravemente enfermo. Esta casa es de mi padre, está solitaria y enmedio del campo; pero mi padre ha ido al lugar mas inmediato para llamar al cirujano. No hay actualmente en ella mas que mi madre y una criada, que es la que se espantó cuando la hablasteis; ya estais enterado de lo mas preciso, y esto debe bastaros por ahora; con esto hizo señas á su

madre para que se acercara; yo la ví, pero volvió á recomendarnos el silencio.

Esta buena muger y aquel bendito ermitaño me asistieron con mucho cuidado, y me dieron todos los socorros que mi situacion necesitaba. Pocas horas despues me sentí muy aliviado, y casi como si nada hubiera tenido; dueño ya de mí y de mis ideas, les pedí me contasen mas por estenso todo lo que habia pasado por mí; ellos lo hicieron explicándome que esta era una *asfixia*, ó muerte aparente, accidente no raro; pero que ellos esperaban no tendria consecuencias. Me volvieron á decir que Jacinto, que era el criado que se quedó conmigo, no habiendo podido resistir al dolor y á la fatiga, habia caído con una fiebre violenta, y que estaba de peligro.

Todas estas noticias me inquietaron mucho; este accidente tan impensado y súbito de que acababa de salir, la idea de lo que hubiera sido de mí, si la muerte que me habia rodeado tan de cerca hubiera descargado el último golpe contra mi vida, y el temor de que me volviese á repetir, me turbaron mucho el corazon. Se me presentó á la vista con terrible aspecto el envejecido desórden de mi conducta, mis delitos, blasfemias y abominaciones; ví con horror el profundo abismo en que me encontraba sumergido, y al fin empezó á alumbrarme la luz del desengaño.

Poco despues se apoderaron de mi corazon el pavoroso terror, las angustias devorantes, los feroces remordimientos. Hubiera dado cuanto tenia por salir de aquel estado de congojas; pero no sabia como: no

me olvidé de la misericordia divina ; pero el peso y la enormidad de mis delitos me abrumaba. Por otra parte ni veía allí á quien dirigirme , ni sabia por donde empezar ; estas mortales agonías me causaban frios y espesos sudores con que me sentia desfallecer ; el temor de otro nuevo accidente me redoblaba las angustias.

Lo que mas me afligia era que la suerte me hubiera traído á una casa sola enmedio de un yermo , donde no habia un sacerdote que me pudiera socorrer ; y esta circunstancia me parecia un castigo de Dios , que no me queria perdonar. Los vuelcos que daba en la cama , los violentos suspiros que me arrancaba la inquietud , y los mal articulados acentos que se me escapaban de los labios , excitaron la atencion del ermitaño , que se acercó á mi lecho para ver si necesitaba de algo ; yo le pregunté que hora era , me respondió que media noche ; que su anciana y enferma madre se habia ido á acostar ; pero que él me velaba y estaba allí para asistirme en lo que fuera necesario.

Yo hubiera querido esplicarle la causa de mi turbacion ; pero una falsa vergüenza me detenía. Por otra parte, ¿qué adelantaba en descubrirme á un hombre cuyo trage acreditaba su rusticidad , y que era incapaz de socorrerme en mi deplorable situacion ? Combatido con esta lucha de temores y desconfianzas , sin ver un rayo de esperanza , ni medio que me pudiera salvar de tanto riesgo , me asaltaron al corazon algunos movimientos de despecho ; y , no pudiendo

resistir á tanto tropel de angustias , caí de nuevo en el mismo accidente ; volví á cerrar los ojos á la luz , y enagenarme por entero.

Quedé tan fuera de mí como la primera vez ; pero supe despues que este segundo accidente no fue tan largo como el primero , y que volví en mí á las cuatro de la mañana. Lo que por mí puedo decir es que , habiendo vuelto á recobrar los sentidos con la misma pausada lentitud que la vez primera , me hallé otra vez en el lecho , sin estar bien en mi acuerdo , y que el primer objeto que se presentó á mi vista fue el solitario que leía en un libro ; dí un suspiro , y él vino presuroso con aire alegre ; me dijo algunas palabras para consolarme , y me volvió á pedir con encarecimiento que no hablara , porque todo esfuerzo me seria peligroso. Pero mis deseos eran diferentes , porque entonces ya pude recoger mas pronto mis ideas , y conocí distintamente que habia estado otra vez en un profundo letargo ; lo que mas me afligia era considerar que caía en tan deplorable estado sin la mas ligera indicacion precedente , y que la naturaleza no me daba el menor aviso , que se repetian los accidentes , pues en tan corto intervalo ya me habian acometido dos veces ; que era verosímil me viniesen nuevos ataques , que alguno de ellos , y quizá el primero podia ser el último , y hallarme sin pensarlo en los abismos de la eternidad.

Estas lúgubres ideas volvieron á renovar todas las ansias de mi terror , y sentí que se me erizaban los cabellos ; allí se me representaron como en compen-

dio todos los horrores de mi vida , y se me figuró que no habia remedio para mí. ¡Qué hubiera dado entonces por tener un sacerdote que me aconsejase é instruyese! porque mi mal no daba tiempo , ó podia no darle á causa de los accidentes que se repetian tan continuos.

Tan amargas reflexiones , que se atropellaban unas á otras , me atormentaron tanto , que no siendo capaz de moderar mis movimientos , empecé á dar voces como un furioso. Mi buen compañero quiso consolarme con sus dulces palabras ; pero yo no escuchaba nada , y prorumpia en discursos insensatos , sin saber lo que decia ; es natural que se me escapase algo de mis remordimientos y temores , pues aquel buen hombre despues de dejarme sosegar , me dijo : Señor, si teneis alguna inquietud de conciencia yo soy sacerdote : ¿Vos sois sacerdote? le respondí con ansia ; pero , ¿qué importa , si parece que Dios no quiere perdonarme ?

Entonces el buen ermitaño empezó á decirme con suavidad algunas palabras para excitarme á confianza. Yo las escuchaba con interes ; y me dijo tanto , que al fin mi corazon se abrió á la esperanza ; ni el tiempo , ni el modo en que nos hallamos , me permiten referirte la larga é interesante conversacion que tuvimos entonces ; basta decirte que yo , temeroso de la repeticion del accidente , y gobernado por aquel hombre de Dios , que despues reconocí ser tan sabio como santo , hice una de aquellas confesiones apresuradas , á que obliga el miedo de la muerte , con poco tiempo

y disposiciones sospechosas ; confesiones que solo Dios puede saber si son buenas , y yo le doy muchas gracias de que no ha permitido que fuese á darle cuenta con la mia.

No obstante que esta confesion no debia dejarme satisfecho , conseguí alguna calma con la esperanza de hacerla mejor , si Dios me daba tiempo. Me sentí algo mas sosegado. El ermitaño que yo habia visto hasta allí con indiferencia , porque me habia parecido lego é ignorante , ya me inspiraba un gran respeto ; su calidad de Sacerdote , de que no tenia antes idea , me hacia le mirase con otros ojos ; y su prudencia , zelo y caridad me habian ya ganado el corazon. Por otra parte este hallazgo súbito é impensado , esta dicha de haber encontrado en él contra toda mi esperanza un ministro de la religion , excitó en mí la reflexion de que Dios me le habia deparado para remedio mio , y este pensamiento me llenó de indecible consuelo.

Yo resolví pues dejarme conducir por él , mirándole como un ángel venido del cielo que la misericordia divina me habia enviado. Su zelo no se desmayó un instante ; y aunque observé que procedia con mucho miramiento por el temor de fatigarme , ví tambien que aprovechaba todos los momentos , y que me hablaba sin cesar , aunque con mucha dulzura , de la bondad de Dios , de su deseo de perdonar al verdaderamente arrepentido. En fin se valia de todos los medios para desahogar mi corazon y para avivar mi confianza. Todo su

afán era excitarme á contrición, amor y propósito de mudar de vida.

En este tiempo volvió el amo de casa, trayendo consigo un cirujano que me suministró algunos remedios. Su venida me pareció tambien muy oportuna para el infeliz Jacinto; pero, ¡ay! no le pudo salvar; su calentura le arrastró al sepulcro, y yo tuve el consuelo de saber que por lo menos murió en las manos de mi buen director, que le confesó y le auxilió en sus últimos alientos. ¡Cuántos nuevos remordimientos se avivaron en mi alma con la muerte de este criado que tenia tanta parte en mis iniquidades! ¡cuántos nuevos motivos de agradecimiento de que Dios se dignase darme mas tiempo para prepararme mejor á una saludable confesion!

Dos dias mas se habian pasado en este estado sin que me volviese á atacar el accidente. Yo me sentia tan recobrado, que me quise vestir, y lo hice sin peligro. El santo ermitaño me asistia á todo, y me servia hasta de criado. Yo me confundia de ver un hombre á quien veneraba ocuparse conmigo en tan bajos oficios; pero su humildad no reparaba en nada, y la necesidad me forzaba á recibir sus obsequios.

Cuando estuve vestido me hizo sentar, y poniendose de rodillas me dijo: El primer paso despues de recobrar la salud sea, señor, dar gracias al autor de todo bien por este beneficio, y prometerle de nuevo una entera reforma de vida, y empezar desde ahora á preparar con tiempo y

despacio una buena confesion general, que repare los inevitables defectos que ha podido tener la pasada; una confesion que os abra con seguridad las puertas de la misericordia divina, los brazos de nuestra santa madre la Iglesia, y que os establezca mas firmemente en su divina amistad.

Este discurso y el ademan fervoroso y caritativo con que me lo dijo me conmovieron mucho; las lágrimas me vinieron á los ojos. Yo pensé tambien ponerme de rodillas, pero me lo embarazó, diciéndome que Dios no queria mas que el corazon. Con este motivo se levantó él mismo, y yo confirmé todas las promesas que pedia de mí. Despues se sentó á mi lado. Pero, ¿cómo es posible te repita todo lo que me dijo este siervo del Señor acerca de lo poco que hay que fiar en una confesion hecha tan de priesa, y únicamente inspirada por el temor de la muerte? ¿cuánto era necesario que empezase á hacerla de nuevo, aplicándome á ejecutarla con todo el ardor de mi alma y con sentimientos mas dignos del Dios de misericordia, que me daba tiempo y me llamaba visiblemente á la enmienda de mi vida?

Este santo hombre me hizo deshacer en llanto. Yo le respondí que pues el cielo le habia destinado para mi bien estaba dispuesto á dejarme conducir por sus consejos, y que haria cuanto me mandase. Él me replicó que pues aquellos accidentes eran tan súbitos y traidores, era prudente no malograr un instante, y desde el momento mismo volvimos